

margen N° 70 - octubre 2013

Comprensión y crítica a la concepción de la pobreza dominante, individualización y su impacto en la identidad de los beneficiarios del plan Jefe de Hogar

Por Claudia Kaen y Ana Belén Castro

Claudia Kaen. Directora Proyecto de investigación: “Miradas desde abajo, pobreza e intervención territorial”. Departamento de Trabajo Social. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Catamarca

Ana Belén Castro. Licenciada en Trabajo Social. Universidad Nacional de Catamarca. Becaria CONICET

Proyecto: Miradas desde abajo, pobreza e intervención territorial. Un estudio en los barrios de la zona norte y sur en San Fernando del Valle de Catamarca 2013-2017 - Facultad de Humanidades- Dpto. Trabajo Social- Universidad Nacional de Catamarca.

El objeto de este trabajo es reflexionar las líneas investigativas que venimos desarrollando en el marco del proyecto vinculado a la temática de la pobreza. En este sentido, discutir los abordajes que han planteado el debate y la necesidad de complejizar el estudio de la pobreza, considerando que se trata de un proceso multidimensional que abarca más dimensiones que las tenidas en cuenta por las formas tradicionales.

El tópico que nos lleva a entrar en el punto crucial de nuestra discusión, es la construcción de identidades desde un plan implementado por el Estado, como medio de intervención en la cuestión social que es el caso de los programas de transferencia en especie y monetarias dirigidas a los pobres, el estudio se basará en el Plan Jefes y Jefas de Hogar desocupados, como así también encontrar los sentidos de la pobreza, desde las voces de quién la experimentan puntualmente en el caso de los beneficiarios de este plan. Es en este marco, que nos parece propicio entender este problema como proceso dentro de las condiciones estructurales que la construyen históricamente.

Según Salama, la década de los 80 se caracterizó por una profunda crisis, una hiperinflación duradera, un aumento de desigualdades y de pobreza. Hasta 1998, es una década marcada por un crecimiento fuerte entrecortado por una crisis importante en 1995, la cuasi contención de la inflación y un aumento considerable de las desigualdades de ingresos. El período transcurrido entre 1998 y el año 2002, se caracteriza por una recesión de larga duración y luego por el estallido de la crisis sin precedentes, el abandono de la convertibilidad, la drástica caída de los ingresos de trabajo y un incremento de las desigualdades (2007: 39). Los autores Minujin y Anguita ilustran en términos metafórico situación que vivían ocho millones de Argentinos para fines de 2001, *“algo más de ocho millones de personas estaban con el agua por encima de la cabeza, haciendo esfuerzos denodados por no ahogarse...”* (2004:53).

Al decir de Soto (2007), el desempleo elevado y masivo, la precariedad, la reducción de los salarios reales en la distribución de la riqueza durante las últimas tres décadas, dio lugar a elevados porcentajes de población situada debajo de la línea de la pobreza y del mínimo de subsistencia, calculados en términos monetarios; y con múltiples necesidades básicas insatisfechas.

“La expansión de esta masa de pobres, constituidas por múltiples situaciones de privación y el resultado de diversas trayectorias en descenso social, empieza a ser visualizada por los organismos financieros internacionales, en especial por el Banco Mundial, como una situación potencialmente conflictiva. Por lo cual advierten a través de diversos documentos a los gobiernos y al mismo tiempo construyen desde perspectivas teóricas económicas neoclásicas ortodoxas, definiciones sobre causa de pobreza, de las cuales se desprende una batería de propuestas” (Soto, 2004:124).

En palabras de Soto (2007), el Estado tiene en papel de proveer niveles mínimos de satisfactores a las personas en condición de pobreza, y es en este sentido que la trama de argumentos del debate queda reducida a considerar a las necesidades básicas enlazadas a la provisión de bienes o ingresos mínimos a los que quedan fuera del mercado. Es entonces a partir de estos principios que *“se diseñaron políticas sociales y asistenciales focalizadas dirigidas a sectores o categorías socio-profesionales específicas, las cuales actuarían conteniendo los efectos negativos de las reformas estructurales” (Soto, 2007:125).*

Siguiendo con lo expuesto por la misma autora, pensemos que *“se abandona la preocupación por la reducción de la desigualdad y se sustituye la preocupación por la construcción de una política social “eficiente”, cuyo objetivo principal pasa a ser el combate de la pobreza, atendiendo a las fallas del mercado que se van presentando” (2007: 125).*

Características de las políticas sociales en la actualidad

Sin pretender agotar la discusión, se busca contextualizar el momento histórico (la Argentina neoliberal de los 90), dando cuenta de las características que adquieren las políticas sociales en el marco de la contradicción entre el capitalismo y la democracia.

Para identificar las políticas sociales como construcción y disputa, se toman aportes y categorías de autores que dan cuenta de este proceso, permitiendo la noción de “cuestión social”, un enriquecimiento del análisis de los problemas sociales. En este sentido debemos vertebrar un discurso y práctica democrática para interpelar al poder hegemónico discriminador.

El contexto actual puede definirse por la presencia de un capitalismo flexible, expresado en un mercado de dimensiones globales y transnacionales, que determina las reglas del sistema económico perneando las fronteras nacionales, en contraposición con las débiles democracias representativas, sistemas políticos que intentan regular las condiciones de vida de los ciudadanos a fin de garantizar los derechos civiles, políticos y sociales, asegurando la “libertad” y la “igualdad” de oportunidades.

En este escenario contradictorio, en la Argentina de la década del 90 en adelante, identificamos las “políticas sociales del Estado Capitalista Neoclásico” (Soldano y Andrenacci, 2006) cuya centralidad se encuentra en la *“gestión de la flexibilización y precarización del empleo, la transformación de los seguros sociales y las instituciones universales en cuasimercados, y la expansión de los dispositivos de detección de intervención sobre, y naturalización de los conflictos provenientes de los grupos de riesgo” (Soldano y Andrenacci, 2006:51).*

La forma en que se definen mayoritariamente las políticas sociales en este periodo, ha llevado a los autores a referir un “proceso de asistencialización de la política argentina” caracterizada por la “centralidad inmensa” de la política asistencial, al punto de que *“gran parte de la legitimidad sociopolítica del Estado argentino, parece pasar a depender de esa política asistencial” (Soldano y Andrenacci, 2006: 70).* Respecto a este proceso, Hintze (2006) identifica las reformas que en

materia de política social se “*propusieron imponer una visión de la política social que postula que el objetivo casi excluyente es atender la situación de pobreza extrema, lo cual implica el abandono de otros objetivos como la reducción de la incertidumbre, la distribución progresiva de los ingresos y la movilidad social*” (Hintze, 2006: 41). Esta centralidad de la política asistencial, se transforma en la forma fundamental de intervención social que adquiere el estado y que redundará en programas de asistencia alimentaria y nutricional, asistencia de salud y empleo temporario. Organismos como el BID (Banco Interamericano de Desarrollo) y Banco Mundial, se convierten en interlocutores fundamentales del Estado en materia de política social a la hora de financiar la intervención y definir las “líneas” sobre las que se focalizarán las acciones.

Dentro de estas políticas sociales asistenciales de mayoritaria presencia en los 90, encontramos otros aspectos que la identifican como la focalización, la privatización y la descentralización (Hintze, 2006, Grassi et. al 1994, Soldano y Andrenacci, 2006).

Comprender las políticas sociales como un campo, retomando algunas categorías de Bourdieu que permiten pensar la disputa por la imposición de sentidos en el nivel del diseño y por tanto de la ejecución de dichas políticas.

Desde un proyecto profesional crítico, debemos aportar a la construcción de una política social alternativa a la dominante, que parta precisamente de lo que niega esta política hegemónica: los derechos sociales, los derechos de ciudadanía. Y desde esta posición que analizaremos la construcción de identidad desde la experiencia del Plan Jefes de Hogar, programa que fue un modo de intervención del estado en la cuestión social.

Mundo simbólico de la pobreza construida por las voces de los beneficiarios del plan jefes y jefas de hogar desocupados

Este material ha sido extraído de unas entrevistas que se realizaron a personas consideradas pobres y que surgen de la experiencia del Proyecto de Investigación: Pobres, pobreza y sentidos vigentes en Catamarca.

Es importante desentrañar el relato de los pobres a los fines de nuestros propósitos investigativos, como se construyen según las posiciones ocupadas en el mundo de la pobreza. En estas definiciones que ellos esgrimen da cuenta de las identidades que se construyen que se expresa en el discurso y las prácticas de los sujetos en el marco de un orden hegemónico y excluyente donde se reproduce un discurso dominante que tiende a individualizar y responsabilizar al pobre.

Iniciando el análisis

Estigma y planes jefes y jefas de hogar desocupados

Ser beneficiario de un plan jefe de hogar, puede traer aparejado una identidad negativa, dado que los beneficiarios de estos planes son estigmatizados con categorías tales como: vagos y alcohólicos. En las textualidades de los informantes se hace visible una relación surcada por la oposición cada vez más nítida entre lo que los sujetos son y lo que quieren ser. Los relatos se distancian del discurso circulante que construye a los beneficiarios de los planes sociales como vagos que reciben una gracia del Estado y no visualizan a los planes como una frágil restitución a su empobrecimiento.

“Yo soy jefe de hogar y que quiero pertenecer a algo y quiero dejar de ser jefe de hogar. Lo que pasa es que la mayoría que tienen el beneficio según lo que yo más o menos veo es gente que no va a trabajar” (Pocha).

La idea de que hay una persona que tiene el beneficio de un plan social y que, sin embargo, no cumple con su obligación de trabajo semanal, se enlaza, en el discurso de la informante, con la concepción hegemónica y absolutamente naturalizada presente en diferentes campos, y de esta manera, la informante no busca una explicación alternativa a esta situación y sólo puede considerar esta situación como efecto de un no querer o de una actitud de comodidad. O sea, no se preguntan por los procesos sociales e históricos que han dado lugar a que esta gente no vaya a trabajar ni reconocen lo que los propios beneficiarios expresan: que los ubican en los trabajos más descalificados, menos beneficiosos, en donde no se tienen en cuenta las capacidades de las personas, las competencias, los intereses, etc. Dicho en otras palabras están poniendo al pobre como causa de toda pobreza.

Estos argumentos forman parte del sentido que articuló el discurso del neoliberalismo del país con sus principios asentados en una economía que libera las reglas del mercado, con una fuerte presencia de valores tales como el individualismo y la competencia, que obturan la comprensión de las condiciones estructurales de un sistema y que, paralelamente destaca las condiciones individuales del sujeto. Definido desde esta concepción, el problema de la pobreza es individual y son pobres porque quieren en última instancia, porque no van a trabajar.

Las configuraciones identitarias muestran la imagen que construyen de sí mismos y el modo en que cobran proyección como deseos esperados en torno a los hijos. Se distancian de la imagen negativa que asocia pobreza con alcohol. Así este discurso estereotipado de la pobreza es reproducido en una serie sucesiva de enunciados que identifican al alcohol como un atributo negativo asociado a los pobres, del que intentan distanciarse y hasta convencer a su interlocutor que tanto ellos como sus hijos no se ubican en este lugar, aunque se asuma explícitamente que tienen un marido alcohólico y que esto opera como un mecanismo de construcción de la violencia doméstica. Aquí la oposición estaría dada en la actitud de los sujetos para lograr un mejor posicionamiento en la categoría de pobre a partir del deseo: ‘me gustaría que sean buenas personas’ rasgo en el que se identifica el informante

“... y ya saben que las más grandes y aquella tremenda (se refiere a sus hijas) no sean chupadores como su papá (...) lo único que le ruego a Dios y me gustaría que sean buenas personas, no digo que no puedan tener su diversión pero la bebida, yo rogaría que cualquier otra cosa pero menos la bebida” (Amalia).

También el alcohol parece ser un tópico común para identificar a los ‘otros’ pobres, aquellos que gastan la plata en el consumo, que resultan atributos desvalorizantes que generalizan una tipificación estereotipada del pobre en este rango de pobreza. Allí la informante construye una identidad distante de estos calificativos negativos asociados a esta clase de pobreza:

“... cuando cobran el Jefe de Hogar todos más los hombres tomaban (alcohol) hasta que se les termine la plata, increíble, yo no veía las horas de cobrar... yo pienso que me le dan por los chicos...” (Maruca).

En la cita observamos esta identidad negativizada, estigmatizada y descalificante que soportan determinados grupos de la población pobre, aquellos que llevan en sí mismos, en su cuerpo, en sus espacios, en su presencia, las marcas de la pobreza: nos referimos primero a los distintos estereotipos construidos en relación a cómo ellos se ven, las imágenes del sí mismo y la de los ‘otros ‘pobres.

Ser pobre resulta una identidad poco digna por no contar muchas veces con los satisfactores más adecuados para hacer frente a sus necesidades de salud. El estigma puede ser pensado aquí en los términos de Timuss (1968) asociado con un sentido de vergüenza que hace que la población sea renuente a portar este sentimiento al tener que solicitar beneficios o servicios. Esto los coloca en una posición de inferioridad, de ‘rebajarse’ y hasta muchas veces humillarse para conseguir algo.

“Yo me siento pobre porque no tengo una obra social digna. Acá tenemos que andar viendo caras malas o a veces va a la posta usted y por ahí no nos tratan bien... A veces uno tiene que rebajarse ante los demás para poder conseguir algo...” (Maruca).

Los testimonios que anteceden revelan los modos en que se gestan configuraciones identitarias y los estigmas que se crean en relación a su posición, la falta de empleo seguro, la falta de educación, lugar de procedencia, etc.

Un anclaje del estigma se puede reconocer en el grupo de beneficiarios del Plan Jefes de Hogar. Son aquellos pobres que no tienen un empleo seguro en el sistema formal de trabajo, que intentan salir, superar esta posición de desventaja aunque no lo logran. En los circuitos del mercado laboral los jefes de hogar buscan una salida laboral. Pocha nos contaba que quería dejar de ser *jefe de hogar*. En este relato hace énfasis en cómo los ve la gente y cuál es su percepción de los Jefes de Hogar. Revisaremos cómo en condiciones de desigualdad y en el espacio de cotidianidad se generan categorizaciones que marcan una serie de estereotipos que se construyen en torno a este grupo particular, que consideramos importante para nuestro análisis. Aquí presentamos la manera en que nuestra informante percibe estos procesos de identificación por pertenecer al grupo de los “jefes de hogar” y cómo la imagen social construida con relación a este grupo ejerce un “efecto descalificante”.

En la escena del relato incorporamos un pasaje del fragmento discursivo en que Pocha nos comentaba los sentimientos que le provoca el hecho de buscar una salida en el mercado laboral. Jefe de Hogar es asociado en el ideario colectivo con vagancia y comodidad y este estereotipo es una desventaja estigmatizante. Portar esta ‘etiqueta’, nominación oficializada por el Estado que implica una tipificación de un ‘sujeto’ a un beneficio asistencial, es socialmente construida y caracteriza negativamente a estos grupos de pobres, a la vez que opera como un limitante para salir de la pobreza. El testimonio de Pocha da cuenta de esta imagen que circula socialmente en torno a los Jefes de Hogar.

“No mal, mal, a mí me ha pasado que yo he ido a dos lugares y no me dieron bolilla... es más he ido a lugares que salen en el diario y lo primero que te preguntan, con qué vivís, o sea con qué te mantenés, y vos decís el Jefe de Hogar y directamente ya te tienen idea” (Pocha).

Los procesos de autoidentificación y de exoidentificación muestran cómo es vivido el mundo en el afuera, los sujetos padecen y experimentan estas desventajas que les trae el hecho de pertenecer

a un grupo socialmente estigmatizado. A fin de ejemplificar, transcribimos un fragmento en el que es posible encontrar algunos indicios que dan cuenta de estos procesos.

“Yo he hablado con un señor de la casa de electricidad y él me pregunté qué tenía. Le dije que era jefe de hogar y me dice así: pero si el jefe de hogar hay que estarlo arriando para que hagan las cosas, es como que ya te tienen una mala concepción pero en realidad yo los entiendo porque te vuelvo a insistir me ha pasado con una cooperativa que no le puede haber pasado a una empresa que ya es sumamente más fácil tener personal que te pueda venir a decir” (Pocha).

Sin embargo la informante, en el relato antes citado, a la hora de tipificar a este grupo se posiciona como un evaluador externo, crítico y distante de esta categoría reproduciendo de este modo las mismas reglas estigmatizantes del discurso hegemónico de la pobreza. Bourdieu habla de esta incapacidad de los sujetos de darse cuenta de que, en realidad, están jugando el mismo juego que los grupos dominantes y que están jugando con las mismas reglas del discurso dominante de la pobreza.

En cuanto a la visión de futuro ven a la desocupación como marca de su identidad y no como estado temporario, así como el sentimiento de vergüenza nos habla de nuevas condiciones erosionantes en la construcción de la subjetividad.

La *falta de educación* constituye otro enclave del estigma y de una identidad negativa, vergonzante, que puede derivar en un intento por eliminar, en la medida de lo posible, los signos exteriores de la diferencia. También les genera inseguridad, inestabilidad. A modo de ejemplo citamos un fragmento que marca este rasgo identitario.

“...cualquier trámite que vas a hacer te piden el secundario o te preguntan si lo terminaste, a mí por eso sí se me cae la cara” (Priscila).

Otro enclave del estigma se define en relación al *lugar de procedencia*. Los sentidos construidos en torno de lo que significa ser pobre varían de acuerdo a las trayectorias de vida; aquellos pobres que vienen del interior de la provincia a la ciudad se sienten estigmatizados. Maruca, del Departamento de Santa María describe esa sensación:

“No acá lo identifican bueno como le digo nosotros, nos han tratado como eso que le digo que somos del cerro collitas nos han venido a preguntar una señora de acá como se dice un colla ustedes que son de ahí como me sentí yo re mal...” (Maruca).

Más allá de las dificultades para entender esta cita –que es transcripción textual de la oralidad que le dio lugar- es interesante notar la oposición entre “nosotros” y “una señora de acá”, como marca de delimitación geográfica y social, incluso étnica, oposición que el sujeto reproduce aunque le proporcione dolor. En otras palabras, el sujeto no puede tomar distancia de este juego de asignaciones y estereotipos del orden de lo social.

Quiénes son los ‘no pobres’ para los pobres

Para buscar indicios que permitan desentrañar el modo y los sentidos que se asigna a la pobreza indagamos también acerca de quiénes son los ‘no pobres’ para los pobres. En esta gama de oposiciones que hacen para marcar diferencias, algunos entrevistados ligan este tópico discursivo con la posibilidad de acceder a un trabajo que pueda satisfacer distintas necesidades.

En el testimonio que presentamos a continuación la informante introduce su argumentación con ‘Creo’ que modaliza su caracterización del no pobre con la posibilidad, en oposición a los enunciados asertóricos con los que se habla de la pobreza del segundo grupo. De este modo, los sujetos tienen certeza del otro pero no de la categoría que les corresponde a ellos mismos ni de aquellos que se alejan de su escala de comprensión. El límite entre ser pobre o no serlo pasa por tener o no tener trabajo formal, cualquiera sea la remuneración que éste origine. Comida y salud para los hijos son los requerimientos básicos, auto o casa serían expectativas muy por encima de lo esperable.

“Creo que no son pobres los que tiene un buen trabajo entonces eso les da la posibilidad de que no les falte plata y aunque sea les alcance para la comida de todos los días, hay otros que les alcanzará para comprarse un auto o una casa pero lo más importante es que tengan para comer y para la salud o remedios en caso que se enfermen los hijos” (Priscila).

En el relato que presentamos anteriormente aparecen otros indicadores: un buen trabajo, salud (remedios) que se articula a las diferencias entre los pobres y los no pobres. O sea que un trabajo formal los convierte en no pobres. Nuevamente se confirma que, fuera de un único enunciado, la única forma de salir de la pobreza para estos sujetos es mediante el trabajo individual: ni golpes de suerte, ni acciones colectivas. Si hacemos dialogar este discurso con el de la prensa y la academia vemos esta idea de que la dignidad del trabajo es un valor que tiene mucho peso simbólico hoy en día y tiene que ver con la posibilidad de pasar al otro lado de la pobreza.

Aunque los contextos hayan cambiado, en el discurso de los pobres la necesidad de un trabajo asalariado está presente en los relatos. En el imaginario de los sujetos sigue presente el trabajo como forma de integración social, mecanismo que garantizó la movilidad social ascendente en el estado de bienestar.

La sociedad salarial es una construcción histórica que sucedió a otras formaciones sociales, y no es eterna. No obstante puede seguir siendo una referencia viva porque realizó un montaje inigualado de trabajo y protecciones. La fuerza de esta posición se basa en el hecho de que el trabajo sigue siendo el fundamento principal de la ciudadanía. Por lo tanto, en la sociedad contemporánea, para la mayor parte de sus miembros, es el fundamento de su ciudadanía económica. Está asimismo en el origen de la ciudadanía social: este trabajo representa la participación de cada uno en una producción para la sociedad. Es entonces el vehículo concreto sobre cuya base se erigen los derechos y deberes sociales, las responsabilidades y el reconocimiento, al mismo tiempo que las sujeciones y las coacciones (Castel, 1999: 455-456).

La idea de recuperar la voces, la palabras en torno de las iniciativas desarrolladas para enfrentar la pobreza (se trata de estrategias de vida de los núcleos familiares, redes de parentesco, redes barriales o vecinales, o bien el recurso a la formación de organizaciones populares) contribuye a ampliar el conocimiento acerca de cómo pueden los pobres crear alternativas para salir de la pobreza. En este sentido analizar las estrategias desde lo discursivo puede iluminar nuevos aspectos asociados a la pobreza como construcción simbólica.

De algún modo lo interesante de retomar aquí es que en estas estrategias se visualizan determinadas concepciones de pobreza, de cómo se sale de la pobreza para estos sujetos y nos lleva a identificar los sentidos sociales que están operando detrás de estos modos de acción. Dicho en otros términos esto supone que las estrategias que van a idear son coherentes con los modos de concebir a la pobreza.

En otras palabras estas acciones que inventan, crean los sujetos para salir de la pobreza, son prácticas sociales que existen como tales en tanto están apoyadas en discursos que le otorgan su sentido, salir por todos los medios, ‘lucharla’, ‘pelearla’, ‘remarla’, ‘rebajarse’ son los locus que articulan este discurso.

La lucha...

Es claramente visible la concepción que se articula detrás de la diversidad de estrategias que despliegan las familias en contextos de adversidad. ‘Lucha’, ‘cara de perro’, ‘encararla’ son las palabras que elige la informante para marcar su actitud. Su decisión la hace blanco de ‘comentarios’ que no menciona pero que podemos inferir cuando destaca el origen ‘limpio’ de la plata que recibe. De nuevo aparecen en este relato los hijos como el detonante, el motivante para salir de esta situación. La estrategia es lucharla, encararla, pelearla, la voluntad y el esfuerzo personal. Si le va bien, no se sabe, eso no asegura el éxito, pero esa es la estrategia de este modo de concebir la pobreza y la configuración identitaria de estos sujetos que se consideran pobres pero quieren salir adelante.

En el siguiente relato mostramos cómo se construye esta fuerte discursividad de la lucha. Se sale a lucharla por cualquier medio ‘Cara de perro’, cara dura, pero la estrategia es individual y es la lucha a brazo partido de la mujer.

“...pero digo yo también todos estam

os en la misma; pero si no se lucha también no se tiene; porque si yo no hubiera luchado capaz que estaría en la misma pobreza de que estuve siempre; pero como le digo si no se hace cara de perro encararla si le va bien no sé. Pero como yo empecé a trabajar ahí, conocí a la gente y me dijeron si quería trabajar un día domingo yo tengo obligación de nada y nadie me manda, y lo hago por mis hijos (...) tengo que salir a trabajar, pero lo que sí me siento bien en el sentido de que por más que yo escuche comentarios, póngale que se escuche comentarios de siempre y paso a las 6 de la mañana pero la plata es limpia la que traigo” (Amalia).

En un mundo signado por la precariedad, informalidad y posiciones de desventaja en circuitos de pobreza, en el que se van acumulando diversos tipos de privación, los pobres trazan sus recorridos cotidianos. Se movilizan a partir de una actitud propia. Según sea su visión de la pobreza crean distintas estrategias para la obtención de los recursos, algunos salen a ‘pedir’, ‘a basurear’, otros se unen a un ‘piquete’, recurren a familiares, acceden a transferencias formales en redes asistenciales del Estado. Pedir (a familiares, al Estado, a otros), buscar en la basura, tramitar una pensión, recibir vales se presentan como distintas alternativas, no excluyentes entre sí. Los relatos que citamos seguidamente se organizan en torno de estas acciones que en la mayoría de los casos tienen como objetivo primordial la alimentación de los hijos, manifestada implícita o explícitamente:

“... por ejemplo yo sé que soy pobre y siempre lo fui pero trato de buscar por todos los medios la comida para todos (...) prefiero pedir...” (Priscila).

“Siempre salgo a basurear, porque a mí me hace falta de todo”. “... creo que nunca he pasado tanta pobreza, a veces siempre fui cara dura en el sentido de salir a pedir” (Amalia).

“Generalmente salgo a pedir a mi mamá pero si ella no tiene o veo que no le alcanza salgo a pedir al ministerio o cualquier lado, porque no voy a dejar que pase un día y que mis hijos no coman, no lo voy a permitir. Imaginate yo tengo siete hijos estoy tramitando la pensión por siete hijos pero no sale nada todavía” (Priscila).

“... Yo recibo los vales y con eso trato de llegar a fin de mes esos los puede recibir cualquiera que tiene hijos, entonces los pueden pedir sin necesidad de ir a la basura en realidad a veces no te alcanzan pero ya es una ayuda (...) me uní a un piquete que estaban haciendo sobre la avenida que va a la a la entrada de mi barrio, había un montón pidiendo cosas, materiales de construcción, bolsones, camas” (Priscila).

A modo de conclusión

La idea de comprender la cosmovisión de la pobreza dominante y los sentidos de la intervención social del estado en determinados momentos históricos, como lo es el caso del plan jefe de hogar nos lleva a observar y desentrañar discursos y prácticas en los sujetos beneficiarios de los planes de políticas sociales, y comprender como esto impacta en la identidades de los sujetos en relación con la construcción de la hegemonía en el movimiento de la sociedad como totalidad.

De este modo en los discursos y prácticas de los beneficiarios del Plan Jefas y Jefas de Hogar desocupados se construye una identidad que carga con el estigma construido de los pobres de los cuales nuestros beneficiarios tratan de distanciarse. Este discurso hegemónico tiende a generar procesos de individualización, donde la pobreza es un problema, causa y responsabilidad de los propios pobres. Es por ello que la práctica y los discursos democráticos de los agentes tienden a la interpelación del poder hegemónico.

Los discurso de los destinatarios del plan analizado en este documento, dan cuenta de cómo esta estrategia de la política social, no considera ni contiene el estatus de ciudadanía o titularidad de un derecho, sino que por el contrario, queda subsumido bajo lógicas estigmatizantes a la tutela del Estado.

El beneficio es tan insignificante que no alcanza a mejorar las condiciones de vida, ni mucho menos a alcanzar igualdad de oportunidades. Los beneficios que se otorgan y la forma de distribución, al no constituir derechos tampoco aportan al empoderamiento de las personas y a su autonomía.

Bibliografía

BOURDIEU, P. (1997) Razones Prácticas. Editorial- Anagrama, Barcelona. España.

FERNANDEZ SOTO, S. (2007). Las políticas sociales y la configuración de la sociedad civil: políticas, sentidos y prácticas en el tratamiento de la cuestión social. En: En: Fernández Soto, S., Tripina, J. (2009). Políticas Sociales, trabajo y trabajadores en el capitalismo actual. Aportes

teóricos y empíricos para una estrategia de emancipación. Edit. Espacio. Buenos Aires. Argentina

HINTZE, S. (2006) Políticas sociales argentinas en el cambio de siglo. Espacio Editorial. Buenos Aires. Argentina.

MINUJÍN A., ANGUIA E. (2004) La clase media: seducida y abandonada- Editorial. Edhasa, Buenos Aires. Cap. 1.

SALAMA, P. (2007) Argentina: crecimiento excluyente. En: Fernández Soto, S., Tripina, J. (2009). Políticas Sociales, trabajo y trabajadores en el capitalismo actual. Aportes teóricos y empíricos para una estrategia de emancipación. Edit. Espacio. Buenos Aires. Argentina

SOLDANO, D. y ANDRENACCI, L. (2006) “Aproximaciones a las teorías de la política social a partir del caso argentino” en Andrenacci, L (comp.) Problemas de política social en la Argentina Contemporánea, Universidad Nacional de General Sarmiento, Prometeo Libros. Buenos. Aires.

TITMUSS, R. (1968). Commitment to welfare, George Allen and Unwin, Londres.